Notas sobre cultura y desarrollo en Brasil

Francisco Weffort

1. Al completar quinientos años, dando los primeros pasos en una nueva época, y con la globalización ante nosotros, se impone, en Brasil, la pregunta: ¿cuál es la importancia de la cultura? Si las viejas indagaciones de los años treinta y cuarenta regresan es porque hoy, en un mundo cada vez más tendiente a diluir las antiguas distinciones entre centro y periferia, se hace patente que los brasileños están destinados a ser –con Argentina, Chile y los otros países del Mercosur– protagonistas relevantes en el escenario internacional. Pues bien, ¿cuál es nuestro papel en este hemisferio? ¿Qué contribución tenemos que darle al mundo? Si pudiéramos ir un poco más allá de la cuestión comercial, siempre presionada por las urgencias de los mercados y por los difíciles equilibrios de las bolsas, siempre vulnerables a las especulaciones internacionales, veríamos que la cuestión de la identidad se vuelve, de nuevo, el tema central de la cultura. Y que la cultura se torna, a su vez, en el tema central del desarrollo.

A propósito, vale la pena recordar el razonamiento, hasta cierto punto sorprendente, del ex secretario de Trabajo del gobierno de Clinton, Robert Reich, en su libro *The Work of Nations*[1] (en contraste intencional con Adam Smith, *The Wealth of Nations*). Reich afirma que en un mundo globalizado, cuando los capitales buscan con gran agilidad los lugares de mayor rendimiento para las inversiones, sólo el trabajo es nacional. Es una afirmación heroica, y por eso exagerada, de aquellas que buscan marcar la línea de tendencia de un proceso antes

Traducción de Guillermo Palacios.

[1] Hay traducción al español, de Federico Villegas: *El trabajo de las naciones,* Buenos Aires, J. Vergara, 1993. [Nota del traductor]

que describirlo de manera detallada. Reich estaba impresionado con la expansión de la industria automovilística de Japón en el mercado estadounidense. La situación que él creía enfrentar se parece a la nuestra, con la entrada masiva de capitales extranjeros que buscan producir para nuestro mercado o bien tomarlo como plataforma para lanzarse a la conquista de otros mercados.

Veamos cómo define Reich, en un artículo reciente del periódico *O Estado de São Paulo* ("Carteles de cerebros"), la condición de los Estados contemporáneos. En concordancia con lo dicho por Richard Rosecrance en su *The rise of the virtual State*,[2] Reich afirma que los nuevos centros de poder son "Estados virtuales porque sus riquezas y su influencia dependen de flujos intangibles de dinero y de ideas. Necesitan muchos cerebros para producir investigaciones, proyectos de *software*, entretenimiento, conceptos de ingeniería, propaganda, *marketing*, sistemas, innovaciones legales y financieras y creaciones con base en la información [...] de la cual van a depender en el futuro la riqueza y el poder nacional".

Evidentemente, cuando se menciona el carácter nacional del trabajo se tiene el campo abierto para destacar el papel de la educación y de la cultura, dos ejes fundamentales para definir el carácter nacional de cualquier tipo de actividad. Si se exagera al decir que en los Estados Unidos sólo el trabajo es nacional, es probable que la exageración disminuya cuando hablamos de países como Brasil. Aunque también sea cierto que aquí no sólo el trabajo es nacional, el carácter nacional del trabajo es, sin duda, más visible. En consecuencia, aquí también es más visible la relevancia de la educación y de la cultura.

En un mundo globalizado, que tiende a uniformar los mercados y las conductas humanas, tanto la cultura como la educación tienen que ser vistas como parte esencial de una política de Estado. Cuando el mercado rompe las fronteras y sacude algunas de las bases tradicionales del Estado nacional, se hace esencial revitalizar los valores, las costumbres y las tradiciones con el fin de preservar la identidad cultural, un criterio seguro de los intereses de la nación. En Brasil, el Estado ya reconoce a la educación como materia de política nacional.

[2] Richard N. Rosecrance, *The rise of the virtual State. Wealth and power in the coming century*, New York, Basic Books, 1999. [Nota del traductor]

En el caso de la cultura, ese reconocimiento apenas comienza (el Ministerio de la Cultura fue creado en 1985, el de Educación en 1930) y, en cierto sentido, surge al vaivén de los temblores provocados por la globalización. Tampoco en esto somos un caso especial, puesto que uno de los rasgos (aparentemente contradictorios) de la globalización es la reafirmación de lo nacional y de lo regional.

2. Hay que recordar, una vez más, nuestro sentido de la continuidad histórica. La convicción de que la educación debe ser entendida como una política de Estado se viene formando desde los años veinte, con nombres como Anísio Teixeira, Fernando de Azevedo, Lourenço Filho y tantos otros, en un largo linaje de educadores que se extiende hasta Paulo Freire y Darcy Ribeiro, los cuales fueron estableciendo la visión del carácter estratégico de la educación para el desarrollo nacional. Es toda una tradición que tiene mucho que ver con el hecho de que el gobierno actual escogiera a la educación como uno de sus objetivos fundamentales. Y hemos tenido resultados sin duda notables para un país como el nuestro, en lo que se refiere al acceso de los niños a la escuela, al mismo tiempo en que modernizamos la enseñanza básica y garantizamos salarios adecuados a sus profesores.

La cultura tendrá que recibir el mismo tipo de reconocimiento como política de Estado si queremos proyectar hacia el futuro una visión del lugar de este país en un mundo globalizado. En la actualidad, el movimiento de la cultura en Brasil genera una pequeña parcela del 1% del PIB, cerca de 8 mil millones de dólares, en verdad una estimación conservadora, ya que buena parte de la actividad cultural, no contabilizada, adopta los mecanismos usuales de lo que se conoce como economía informal. Sin embargo, si tomamos en consideración esas cifras, también es conveniente señalar que sólo 10% del "PIB de la cultura" se deriva de recursos públicos, federales, estatales o municipales, sea bajo la forma de dotación presupuestaria directa, sea como incentivos fiscales. Todo lo demás viene directamente del mercado.

En el caso de la educación, como en el de la cultura, no se trata de un debate nuevo, sino de recuperar un aspecto del mismo debate en el que nos envolvimos, en los años veinte y treinta, con Mário de Andrade, Gustavo Capa-

nema, Rodrigo de Mello Franco y todos los que a su lado ayudaron a definir una política cultural para el Brasil de su tiempo. Como en aquel entonces, hoy tampoco debemos separar la discusión de una política de la cultura, de la política de educación, ni de las perspectivas de desarrollo de la economía y del Estado nacional. No existe ninguna discontinuidad relevante entre la cultura como aspecto de la formación del Estado nacional y la cultura como elemento fundamental de su consolidación. Sin una clara conciencia de nuestra identidad, ¿cómo reaccionar ante las oscilaciones del mundo en aquello que nos afectan?

Es necesario enfatizar que la cultura es una dimensión esencial de la educación en la sociedad moderna de masas. Los espacios culturales –esto es, museos, bibliotecas, teatros, televisión, cine, salas de música, entre otros– deben ser entendidos, bajo ciertos aspectos, como escuelas. Son aparatos educativos con los mismos títulos que se otorgan a las escuelas incluidas administrativamente en el sistema educativo formal. Como las escuelas, esos espacios culturales pueden ser mejores o peores, y por eso merecen los cuidados del Estado, que debe estar preparado para reconocerles sus funciones eminentemente educativas.

3. El tema de la cultura no es una especificidad de los países de América Latina o de la periferia. Si la angustia de la identidad es quizá mayor en los países latinoamericanos, no hay duda de que es más agresiva en los países más antiguos de Europa y de Asia. Incluso más violenta, como nos han demostrado hace poco la tragedia de Yugoslavia, las perturbaciones nacionalistas que acompañaron el desmoronamiento del antiguo imperio ruso-soviético y la violencia de las luchas por la independencia del Timor Oriental. El cuidado con la identidad supera en muchos países el que existe entre nosotros, aun cuando consideremos países de desarrollo más pacífico, como Portugal y Francia. Para no extenderme en los ejemplos, en Brasil se cuida menos el idioma portugués que en Portugal, y la política de Estado en Francia es mucho más celosa de sus valores culturales nacionales que la de Brasil y que la de la mayoría de los países latinoamericanos, con la posible excepción de México.

Que el tema de la identidad ya haya tenido expresiones relacionadas con el culto al pasado no significa que las va a tener siempre. La identidad de un país no es algo fijo en el tiempo, ni tiene, en paralelo, una sola forma de expresión. Digamos que se trata de indagaciones sobre el sentido de la experiencia humana en determinados países, no de decretos intelectuales al respecto. En los años treinta tuvimos diversas expresiones de identidad brasileña, de acuerdo con las inclinaciones culturales e ideológicas de los que las manifestaban, o conforme a su situación regional o a su capacidad de articular elementos de su experiencia humana e histórica. La identidad no tiene que ser única, puede ser diversa. En realidad, en el caso brasileño, la identidad se concibe siempre como un espacio de diversidad, plural, policromático.

De cualquier forma, las condiciones de la globalización nos obligan a reconocer, con más intensidad que antes, que tenemos una casa, un lugar. Y eso significa reconocer el lugar de la cultura como parte esencial de nuestro desarrollo. Tomemos el ejemplo del cine estadounidense: cualquiera que sea su valor de mercado –y sabemos que en Estados Unidos es muy grande–, posee un espacio privilegiado para la expresión de la identidad de esa nación. De hecho, no tendría la misma relevancia en el mercado si no tuviera ese significado cultural. La aceptación del multiculturalismo, por ejemplo, crece en el cine estadounidense, los papeles tradicionalmente atribuidos en el cine a los negros, a los indios y a las mujeres, cambian. Pero el tema básico continúa siendo el mismo, aquello que en otros tiempos se llamaba el *american way of life*.

La angustia latinoamericana sobre la identidad, incluso la brasileña, se encuentra enunciada en el título de un bello libro de Carlos Fuentes sobre la cultura de América Latina, *El espejo enterrado*. Nuestra cultura es nuestro espejo, el modo por el cual se revela nuestra identidad. Carlos Fuentes sugiere que tenemos una identidad y que necesitamos "desenterrar" la cultura si queremos conocerla. Si queremos vernos, tenemos que desenterrar el espejo, iluminar la cultura, o, más aún, tenemos que conquistarla. En el mismo sentido, el cineasta brasileño Luiz Carlos Barreto dijo en cierta ocasión que un país sin cine es como una casa sin espejos. Podría haber dicho, de manera general, que un país que no desarrolla su cultura es como una casa sin espejos. Desarrollar, fomentar la cultura es materia de política de Estado que deberá abrir los ojos

para la cultura como un valor en sí, como un producto de amplia aceptación en el mercado.

4. La relevancia del mercado para la cultura y, por otro lado, la de la cultura para el desarrollo económico, tal vez escondan las diferencias más significativas impuestas por la época actual a las concepciones de la cultura en Brasil, desde Mário de Andrade y los pensadores de los años veinte y treinta. Mário de Andrade pensó Brasil a partir de Sao Paulo, la pequeña Sao Paulo de aquellos tiempos, inmersa en el mundo rural que entonces éramos. Siempre fue sensible a las posibilidades de la transformación de la gran sociedad rural que circundaba a su *Paulicéia desvairada*,[3] y a las demás ciudades de la época, en especial Río de Janeiro y Recife, todas ellas ubicadas en las raíces del impulso modernista que todavía nos sirve de inspiración.

Sin embargo, a diferencia de aquella época, hoy es imposible dejar de reconocer la relevancia del mercado en el mundo de la cultura, así como el de la cultura en la economía. Cálculos recientes indican que las actividades culturales en Brasil ocupan a cerca de 550 mil personas, una cifra que probablemente subestima el empleo en un área en que la actividad informal sustrae mucha información a los registros estadísticos. De cualquier manera, el segmento de la población que podemos admitir que está ocupada en la cultura es mayor que todo el cuerpo de funcionarios y empleados del gobierno federal. También es mayor que los segmentos ocupados en muchos sectores de la industria, si los consideramos de manera individual.

La música y el libro, que necesitan de apoyos directos del Estado en áreas específicas, también alimentan industrias importantes. La comunicación, si incluimos en ella a la televisión, es una industria de escala nacional, que en la actualidad tiende puentes hacia el mercado internacional y que, al mismo tiempo, ha venido desprendiéndose paulatinamente de los esquemas monopólicos

[3] Nombre literario de la ciudad de Sao Paulo. El "desvairada", que se puede traducir por "alucinada" o "desvariada", se refiere al ritmo loco de crecimiento de la urbe en los años veinte y a las extravagancias de sus vanguardias artísticas. [Nota del traductor]

establecidos a partir de la década de 1960. Menos disputadas por las preferencias del mercado, las artes escénicas incluyen, en todo caso, el surgimiento de una industria del espectáculo, por lo menos en las áreas de mayor concentración urbana, como en Sao Paulo y Río de Janeiro.

El cine brasileño, que va saliendo lentamente de una fase de recesión, se apoya con firmeza en recursos públicos, sea a través de leyes de incentivo o por medio de recursos presupuestarios. Pero que nadie pierda de vista que esta recuperación de nuestro cine puede prenunciar el inicio de una verdadera industria, dado que contamos con un amplio mercado de imágenes –un mercado, por cierto, de enorme atractivo para los capitales internacionales, en especial para los estadounidenses–. El turismo, que ha sufrido mermas por causa de la política de valorización del real, está ahora en proceso de recuperación. Y el debate sobre el turismo cultural abre nuevas perspectivas en torno del tema del patrimonio, un espacio donde las inversiones públicas aumentan.

5. Al ser un valor en sí, la cultura también es una necesidad real. Por eso su significado económico: lo que no somos capaces de producir tenemos que importarlo. De ahí también la necesidad de reconocer a la cultura como un elemento esencial de nuestro desarrollo económico. En una época en que la información, el conocimiento y la comunicación se han situado en un lugar central, también adquirimos la conciencia de que no podremos mantener por mucho tiempo la convivencia del desarrollo económico con la injusticia. Una injusticia que es sobre todo social, pero también educacional y cultural. En las condiciones del mundo moderno es imposible ignorar que una de las raíces de nuestras injusticias sociales se revela, cada vez más, en las diferencias de acceso a la educación y a la cultura.

Hay que señalar que ya hemos dado pasos importantes hacia nuestra incorporación a un mundo globalizado, y eso se debe a que, pese a todo, hemos venido acumulando, a lo largo de décadas, niveles suficientes de calificación técnica y científica. En ese mismo sentido, si no somos capaces de acceder a la modernidad en el área de la educación y de la cultura, estaremos siempre mal preparados para las exigencias de la modernidad en el área de la economía.

Una economía abierta debe apoyarse en un sistema educacional eficiente y en una cultura abierta, basada en la idea del libre desarrollo de la personalidad humana. Un país moderno y desarrollado en lo económico tendrá que serlo también en lo cultural y en lo educativo.

En lo que se refiere a educación y cultura, ni el Estado ni el mercado lo resuelven todo, sólo puede ayudar si se les concibe como partícipes en una trayectoria que deberá apoyarse en el perfeccionamiento de la democracia y en el crecimiento de la economía. Este es el camino que hemos recorrido para realizar las tareas de la nueva revolución brasileña. Al notar nuestras disonancias históricas entre el campo de la economía y el de lo social, así como entre la economía y la cultura, se puede ver que el ruta será larga y, como siempre, difícil. Considerando que los cambios en Brasil ocurren a un paso siempre lento, podemos afirmar que el recorrido tan sólo comienza. Sin embargo, lo importante es reconocer que ya estamos en el camino. Y nuestra capacidad de superar las dificultades y de seguir adelante hará más corta la distancia entre nuestra realidad y nuestros sueños.